

Durante el verano posterior a mi divorcio, empecé a darle vueltas a una expresión popular que siempre había desatendido: “tía buena”. Esta epifanía semántica y mi separación, muy civilizada, podían guardar alguna relación. Quizá volver a la soltería y a mirar con más intención o interés a las mujeres de mi alrededor (lo cual incluye hoy en día las redes sociales, por supuesto), provocó en mí una estupefacción nueva, un cuestionamiento. De pronto, me vi preguntándome cómo sería eso de ser una tía buena, o de estar considerada como tal por todos los que te frecuentaban, o de intentar serlo abiertamente y como plan de vida. Es posible que estar ya muy cerca de los cincuenta años me permitiera bajarme de la montaña rusa de la pura apetencia, de ese unidireccional y explosivo impacto seco que suele provocar en un hombre una chica muy atractiva, y pensara por primera vez cómo era para ella ser una chica muy atractiva. En cierto sentido, quería saber cómo funcionaba el asunto desde el otro lado.

Un amigo me regaló un día de charla la idea de que los hombres se enamoran de una cara y las mujeres de una

historia. Es una frase bonita que parece verdad, por mucho que el desequilibrio de intereses entre hombres y mujeres que en ella se señala sea quizá excesivo. Hablando con otros hombres rendidos a la noción erótica de “las mujeres”, llegamos también a la conclusión de que toda vez que una mujer era muy sensual nos poseía la incapacidad de ver en ella algo más allá de esa sensualidad. Philip Roth trabaja este mismo concepto en su libro *El animal moribundo* (2001), en la figura de un anciano profesor que enloquece por una alumna. Ahí expresa la idea de no-poder-ver-más-allá, un callejón sin salida precioso y simplón, donde una chica demasiado sexy no necesita de mayores añadidos biográficos o intelectuales para ser tenida en cuenta desde la más apabullante adoración.

En las primeras semanas y meses de maduración de este proyecto dos dudas o inseguridades me hacían postergarlo incesantemente. La primera, como es obvio, tiene que ver con la frivolidad –incluso estupidez– de escribir un libro sobre algo tan discotequero: la tía buena. La segunda, por supuesto, atañía al hecho mismo de no poder llamar al objeto futuro de mi trabajo con otras palabras que no fueran “tía buena”. ¿Qué es una tía buena?, me preguntaba a mí mismo muchas tardes. ¿Quieres decir una mujer bonita, bella, una chica guapa? Y no, no quería decir una chica guapa, no pensaba estrictamente en la belleza, no me centraba tampoco en modelos o actrices, ni siquiera en esas mujeres de medidas supuestamente perfectas ni acaso en las mujeres que a mí particularmente me puedan resultar más atractivas. Por más vueltas que le daba al asunto, la única denominación que me acababa satisfaciendo para ese grupo de mujeres

cuya vida quería conocer con más detalle era la de “tía buena”.

Así, mi proyecto enseguida se denominó *Tía buena*, y lo iba exhibiendo por ahí, muy al contrario de lo que es normal en mi escritura, que suele exigirme el secreto absoluto acerca de aquello en lo que estoy trabajando, como si airear una idea fuera sabotearla, ponerla en riesgo. Sin embargo, quizá las dudas que tenía de dedicar todo un libro a las tías buenas hacían necesario cierta consulta popular, entre amigas y amigos y conocidos del mundo editorial y periodístico. Mi sorpresa fue que todos encontraban muy interesante un libro titulado *Tía buena*.

Pasados seis meses, se me ocurrió añadir el subtítulo *Una investigación filosófica*, para darme ánimos.

En esos seis meses, había quedado con muchas chicas. Se supone que, cuando uno está soltero, tiene que quedar con muchas chicas, dejarse ver por la vida, tentar las posibilidades del emparejamiento. En realidad, nunca he sido muy inclinado a ligar, y esas citas casi salían solas, me citaba una amiga o una compañera de profesión, proponía yo un reencuentro a alguna mujer que hacía años que no veía. Ser social siempre ha sido para mí algo que conviene hacer, por salud, como andar un poco cada día, pero no, como tampoco lo es andar un poco cada día, algo que a mí me apetezca de verdad.

Con estas chicas, muchas de las cuales eran más jóvenes que yo y no poco atractivas, siempre acababa hablándoles de mi proyecto *Tía buena* y conformando —no diré que involuntariamente: de hecho, con toda intención— un trabajo de campo tentativo, y hasta una especie de cuestionario básico para afrontar futuras entrevistas con chicas y

mujeres que podían considerarse “tías buenas” según las líneas generales de mi ensayo. Eso era lo que más me inquietaba de este proyecto: que, por una vez, tendría que salir de mi casa y hacer preguntas a la gente y, por supuesto, encontrar a esa gente a la que hacerle las preguntas.

La primera chica con la que quedé encajaba incluso exageradamente en el tipo de mujer que habría de frecuentar para entender la vida de una tía buena. Lógicamente, en este trabajo usaré nombres falsos en todo momento, salvo que se indique lo contrario. A esta primera mujer la llamaremos Carmen.

Había conocido a Carmen en los ambientes literarios, pues ella escribía y tenía un novio que también escribía y en algún momento coincidimos todos en un lugar de esos donde coincide este tipo de gente con inclinaciones literarias. En esos primeros años de tratarla, Carmen no era una tía buena. Esto me parece muy importante: que existe la posibilidad de ser una tía buena o no. Es más: que resulta necesario *querer serlo*. Carmen, al principio, no quería serlo: solía llevar ropa gastada, mal combinada, suelta, nada de maquillaje, algún *piercing* y alguna gorrita o sombrero. Su apariencia era más bien desastrada y anti-erótica. Era pequeña, de pecho menudo, con cierta inclinación a engordar por los muslos. También era muy inteligente y muy simpática.

En algún momento, sin embargo, y dentro del periodo en que ya era conocida mía, Carmen imprimió a su aspecto un cambio notable. Empezó a hacerse cortes de pelo espectaculares, de mucha virguería tonal, degradados, colores fosforescentes casi inverosímiles. Hasta ese momento se cortaba el pelo ella misma, con unas tijeras

de cortar papel. También se operó los pechos y lucía ahora una talla noventa, que ceñía con vestidos, tops, camisetas y blusas necesariamente indiscretas. Estaba muy delgada, iba mucho al gimnasio y todo ese cincelado se ofrecía al mundo con las ropas más modernas, imitando personajes femeninos de manga, por ejemplo, con medias de red, minifaldas, *shorts* apretados, coletas algunas veces, botas altas o vestidos de corte japonés.

Esta transformación llevó aparejada un exhibicionismo muy desacomplejado en su cuenta de Instagram, donde en todo caso no figuraba su nombre real. Ahí, amén de registrar cada conjunto o *look* que completara en su día a día frente al espejo, Carmen solía subir fotos desnuda, dentro de las posibilidades que para ello da esta red social (que son todas si no se ven los pezones o –menos precisamente– la zona genital). Salía mucho en bragas, chupando cosas, desnuda sobre la cama con tres emoticonos velando sus partes íntimas o asomada a un balcón con la minifalda subida hasta la cintura, de modo que se le apreciara perfectamente el trasero. Había decenas de fotos de este tenor en su cuenta.

Esta espiral de modelaje *amateur* (Carmen no vivía en modo alguno de estas exhibiciones, sino que, de hecho, tenía un trabajo muy serio y bien pagado y acorde con su capacidad intelectual, nada discreta a su vez), esta espiral, digo, coincidió con mi alejamiento de ella, pues, sin mayores motivos ni conflictos o desencuentros, nuestros contactos fueron desvaneciéndose mientras cada uno daba los pasos que la vida le dictara. Yo, por ejemplo, tuve dos hijos.

Así, el verano al que me refiero y en el que la mencionada epifanía estética me sugirió un libro, puede que

hiciera tres años desde la última vez que nos habíamos visto. Quedamos en una terraza por el centro. Yo llegué primero y ocupé una mesa. Ella apareció puntual, dado que yo siempre llego quince minutos antes. Después de las actualizaciones de rigor, que incluían la marcha de Carmen de Madrid (ese era el motivo por el que quería verme, de hecho), fui aterrizando poco a poco en el asunto al que tantas vueltas le estaba dando, aterrizaje que, ahora que lo pienso, fue un poco abusivo, dado que, de pronto, me vi delante de una “tía buena” y me olvidé de que era una amiga y me obsesioné con que me diera pistas sobre lo que, en principio, era un libro que quería escribir.

No sé cómo lo hice, cómo saqué el tema. Después, ya con más práctica, siempre lo haría de la misma manera: primero anunciaba que se me había ocurrido un libro y enseguida soltaba el título y el subtítulo: *Tía buena. Una investigación filosófica*. Al no notar (de hecho, nunca) caras de pasmo en mis interlocutores (la revelación siempre la hacía uno a uno, por cierto, no a grupos de personas), pasaba a explicar mi curiosidad motora, ese querer ver detrás de la tía buena, ver el mundo según su perspectiva. Luego dejaba hablar a la otra persona, que siempre me decía cosas interesantes, de mucho ánimo.

Con Carmen empezaría sin duda con tacto. “Oye”, supongo que dije, pienso que dije, decido que dije, “siempre me ha llamado la atención...”, seguramente aquí hice una pausa, no suelo ser capaz de hablar todo seguido, “... mmm, no sé, de ti, siempre he querido preguntarte...”, indudablemente hice más de una pausa en esta primera toma de contacto, “... uf, en fin, que cuando te conocí eras de una manera, ¿sabes?, y en un momento dado, zas,

cambiaste”. Después de los primeros tropiezos, quizá tomé confianza: “Quiero decir que en un momento concreto variaste completamente tu aspecto. Siempre he querido preguntarte por ello”.

Carmen, ese día, llevaba en efecto un vestido japonés, de color verde claro o azul cerámica, muy ajustado al pecho y a las caderas, y el cabello recogido en un moño, que apretaba colores fucsia y azul, quizá también naranja. Fumaba, como yo. La gente, obviamente, se fijaba en ella al pasar por delante de nuestra mesa.

Su explicación la recuerdo con demasiada precisión, pero no con naturalidad. Me dijo que su metamorfosis obedecía a cierto complejo que arrastraba desde niña que le había impedido mostrar su cuerpo. Creo que usó la palabra “negación”. Más o menos de mi cosecha, puedo recuperar sus palabras, porque en aquellas primeras incursiones en el asunto no usaba grabadora ni tomaba notas, como hice luego. Esta negación de Carmen tenía que ver, presumo, con el hecho de que debía defender su valía intelectual, y tendría muy presente que una mujer con minifalda no suele ser considerada inteligente, licenciada en ingeniería o conocedora de la obra de Hilda Doolittle. Este empeño en confrontar el mundo como una persona válida profesionalmente le llevó a extremar su desaseo, a ocultar sus posibles atributos, casi al vicio de la informalidad. “Ser mujer”, en fin, entendido desde la norma social más evidente, le parecía lo contrario de lo que debía hacer, al punto de acabar aterrorizada ante cualquier momento en la vida en el que se viera obligada a “ser mujer”, por ejemplo, en una boda, cena de empresa o fiesta de alto copete, donde sí se esperaba de ella un

vestido y una hora larga de maquillaje. “Siempre quise ser un chico”, me llegó a confesar.

Yo, como digo, la conocí de tiradillo, en su versión entre *hippie* y niña del hospicio. Debo apuntar que Carmen, dentro de todas las mujeres que he conocido en mi vida, ocuparía un puesto muy alto en mi predilección. Curiosamente, lo ocuparía tanto en su versión primitiva, de invisibilización de su sensualidad, como ahora, en su reconstrucción explosivamente erótica.

Esta reconstrucción hiperfemenina había sido para ella, según me contó, una liberación. Pienso ahora que quizá la ausencia de gestos y ropas y complementos propios de lo que entendemos como una mujer atractiva durante toda su primera juventud había funcionado como dique poco conveniente para cuando Carmen decidiera –por seguir con el símil hidráulico– dejar pasar esas aguas. Es decir, cuando por fin quiso ser mujer, parecer una mujer, exhibir lo que la coquetería define como “las armas” de su sexo, el dique se vino abajo por completo y Carmen se vio arrastrada por un caudal de apariencia absolutamente excesivo. Su imagen actual, imagen que había creado hacía cuatro o cinco años, era verdaderamente plástica, como de figurilla *otaku*, sacada de una película de animación o de una escena capital de la serie *Euphoria*. Todo medido, de pies a cabeza, todo trabajado, probado y combinado varias veces, comprado quién sabe en qué tiendas selectas o lejanas, o por internet, siguiendo modelos por mí desconocidos, tal vez de revistas muy concretas de moda y tendencias, y denotando un gasto enorme de tiempo en su adquisición y renovación.

Establecidas las coordenadas básicas de esta conversación que a mí, en principio, me parecía delicada (no muy

lejos de atreverse a preguntarle a alguien por su deterioro físico, en realidad), y viendo que Carmen tenía ciertas ganas de hablar de sí misma y de su ser-una-tía-buena-en-el-mundo, me atreví a deslizar algunas preguntas más. Como el libro aún me parecía una tontería, creo que no le dije nunca que era ese el motivo por el que me interesaba su peripecia como mujer llamativa. Y así, sin más, se me ocurrió formularle esta pregunta: ¿te consideras una tía buena?

Me dijo que no.

Estas modestias las vería luego más veces, y no dejan de tener su encanto. A fin de cuentas, ¿quién decide si una mujer en concreto es “una tía buena”? ¿El que mira? ¿La que produce esa imagen calculadamente? ¿Algo en un punto intermedio de todas las reacciones cruzadas? Me pareció que preguntar directamente a las chicas que uno podría entrevistar para este libro si se consideraban a sí mismas una tía buena, sin mayores preámbulos, era una buena forma de empezar, porque señalaba al núcleo mismo del concepto, que era, por supuesto, el de la elección de ese rol para su vida en sociedad: ser la perturbación erótica de la oficina, del grupo de amigas, de la familia o de su entorno en Internet. ¿A qué apuntaba esa negación de algo (ser una tía buena) que yo precisamente encontraba obvio? ¿Pudor? ¿Culpa? ¿Coquetería suplementaria? Carmen dijo que no bajando la cabeza, mirando para el suelo, quizá –se me ocurre de pronto– pensando en otras mujeres que, como siempre pasa en esta vida de comparación y competencia, debían de parecerle tan superiores a ella en atributos físicos y despliegue de sensualidad que ella, una aficionada a fin de cuentas, no podía llevar su mismo marbete: tía buena.

Hablamos después de las reacciones que esta metamorfosis había provocado en los demás y de los conflictos inéditos que había afrontado. La vida de Carmen era, pongamos, doblemente pública. En su versión de calle, vivencial, constaba de un trabajo serio que desarrollaba con suma profesionalidad, de ir y venir a oficinas y reuniones, y también de salir a la calle y quedar en un bar y hacer compras y demás rutinas invisibles. La otra versión era su cuenta de Instagram, donde la manifestación de su erotismo suponía el único sentido del perfil. No figuraba su nombre, como digo, pero salía a cara descubierta, y también descubría su cuerpo entero, con los consabidos tachones o emoticones en las partes pudendas, explorando nuevas posturas, nuevos fondos para esas posturas, vestidos y tops y minifaldas variados, ropa interior, bikinis, en esa lucha por la originalidad tan peculiar de las chicas que en Instagram sólo publican fotos sexies. Ser sexy no es fácil si todo a tu alrededor es sexy.

El problema, entonces, llegaba cuando alguien cruzaba datos, ponía nombre a ese perfil de Instagram, volcaba en la vida real la vida de *pin up* o tía buena de Carmen en las redes y trataba de sacar provecho de ello, así fuera el simple provecho de hacer daño. Dos hombres habían intentado acostarse con ella y, tras fracasar, copiaron todas las fotos estrambóticas y lascivas de Carmen y se las mandaron por email a sus jefes. Destapar un secreto, que en rigor estaba a la vista de todo el mundo, fue su modo de vengar el rechazo, sin olvidar que seguramente esas fotos subidas de tono en Instagram fueron el principal motivo de que estos dos hombres se interesaran en primer lugar por Carmen.

Percances como estos, sumados a momentos en los que el rumor llegaba a sus oídos (alguna compañera hacía circular por la oficina la última foto de Carmen en Instagram y el jefe la llamaba a capítulo, u otra compañera, más amiga, le informaba del runrún que corría) provocaban que el perfil de Carmen en esta red social se abriera y cerrara regularmente, al compás de la maledicencia. Es interesante pensar en ese perfil intermitente como un termómetro de la confianza de Carmen en sí misma, de su lucha contra el qué dirán. Si estaba abierto, quizá es que era feliz; si estaba cerrado o en sesión privada, tal vez pasaba por un mal momento. Como yo entraba algunas veces, pensaba esto mismo, que mi amiga andaba bien o mal según si su perfil estuviera disponible o no. Pero también, como veremos más adelante, podía ser al revés: que cuando estaba abierto Carmen estuviera mal y que cuando estaba cerrado se encontrara de buen humor. Quizá abrir el perfil al mundo y poner una foto excitante y ver cómo miles de personas le daban *likes* y cientos de hombres dejaban comentarios llenos de corazones y piropos era lo que necesitaba algunos días.

De hecho, Carmen me contó que había pasado “dos años muy malos y tristes”, y sería relevante comparar esa tristeza de dos años enteros con lo que su cuenta de Instagram mostraba al mundo, que seguramente era una felicidad sin fisuras.

“No tengo amigos”, me reveló también, para mi pasmo. Hablando de los hombres que la acosaban, con los que salía, con los que había estado, con los que hacía alguna de sus múltiples actividades sociales, llegó a esa escalofriante afirmación: “No tengo amigos”. ¿Cómo que no tienes amigos?, inquirí.

Al parecer, tenía amigos, pero siempre acababan desapareciendo. “Cuando ven que no van a conseguir nada, de pronto, un día, no vuelvo a saber de ellos”, me contó. Había que suponer por tanto que, aparte de los hombres que frontalmente se le acercaban tratando de acostarse con ella, había otros que, en principio, parecían valorarla por otras cosas, su obra artística, su simpatía, su carácter, y que durante una temporada iban con ella de copas, al cine o a charlar a un parque, como si eso les colmara y fuera suficiente y no hubiera tensión sexual alguna. Sin embargo, sin previo aviso, quizá sólo después de algunos acercamientos fuera de lo habitual (también supongo que uno de estos hombres consideraba un avance, por ejemplo, abrazarse a Carmen una noche después de pasarlo bien, considerando que, ese abrazo inédito, muy emocionante, anticipaba ya el avance definitivo hacia un encuentro sexual), estos hombres tiraban la toalla y Carmen pasaba a ser alguien sin el menor interés para ellos, a la que no llamarían nunca más y cuyos mensajes se empeñarían en no contestar por siempre.

Como me dio algo de pena, le dije que yo era su amigo. ¿Qué es eso de que no tienes amigos? ¿Y yo? Sí, eres mi amigo, me dijo, pero es que tú me has visto desnuda.

\* \* \*

Me animó bastante la charla con Carmen, en el sentido de que veía que un libro titulado *Tía buena* podía tener algún futuro, más sustancia de la que yo mismo había intuido. También empecé a dar forma al Cuestionario de la Tía Buena, viendo que la primera pregunta, así fuera algo

violenta, debía ser: ¿Te consideras una tía buena?, ya que ponía la cuestión en primera línea, y el rechazo o asunción por parte de mi interlocutora de ese calificativo resultaría de por sí interesante. Tomé algunas notas, finalmente, del encuentro, pues no quería olvidar dos datos muy potentes: que Carmen no tenía amigos varones y que la infelicidad se combatía con exhibicionismo.

Por esas fechas me compré mi primer *smartphone*, y me veo obligado a dar una breve explicación. No disponía de uno, por principios, y además mi novia solventaba nuestro día a día con el suyo (ir a sitios –google maps–, hacer fotos que mandar a la familia, avisar a los amigos –whatsapp–, etcétera). Separados, por tanto, todas estas soluciones rutinarias desaparecieron y me vi obligado a comprar un *smartphone* para llevar a mis hijos a Faunia, hacerles fotos y padecer, en fin, la adicción al aparato. En realidad tenía dos teléfonos, el viejo y oficial y este, cuyo número sólo tenía, de hecho, mi exnovia. Para emergencias.

El caso es que con el *smartphone* en la mano (el Samsung más barato que encontré, un A11) no fui capaz de obviar las tentaciones consabidas, que eran básicamente cotillear vidas ajenas. Así, acabé abriendo un perfil en Tinder con nombre falso y una foto de la pared, por puro aburrimiento y puro morbo, donde duré una semana que dio lugar a un artículo en mi periódico<sup>1</sup>. Poco después, me instalé Instagram, también con un perfil falso, y ahí volvemos al tema de este libro.

Lo primero que aparecía en Instagram, en la *home* o como se llame, eran decenas de fotos, y de esas decenas de

---

1. Cómo me acabé Tinder en una semana”, *11 confidencial*, 14-07-2021.

fotos, por lo que fuera (¿porque no hay otra cosa en Instagram?), más de la mitad eran de “tías buenas”. En algún momento me di cuenta de que esos perfiles femeninos que únicamente publicaban fotos o de la misma chica o de varias chicas en poses y atuendos insinuantes eran materia para mi dubitativo proyecto. Mi conocimiento de esta red social se limitaba (y de ahí que hubiera visto las fotos de Carmen) a visitas desde la web, donde sólo se veían las últimas tres o cuatro filas de imágenes subidas, antes de que Instagram se cerrara y te invitara a registrar-te. Más adelante entraré de lleno en este asunto.

Con veinte o treinta perfiles muy sexies de Instagram en mi propia cuenta falsa, quedé para tomar un café con otra chica. Ya se me había pasado la euforia intelectual de creer que este libro iba a alguna parte y volvía a pensar en él como en una auténtica chorrada. Acabar de separarme y empezar a sufrir la ausencia de mis hijos durante largos periodos (comparado con verlos a diario, no verlos durante tres o cuatro días seguidos resultaba doloroso) no ayudaba a tener mucha fe en nada, y menos en otro libro más que nadie leería. Realmente me daba vergüenza a veces, en esa soledad aparejada a la creación, haber tenido la ridícula idea de escribir un ensayo cuyo tema sólo podía nombrar como “tía buena”.

En estos pozos andaba cuando esta chica que digo me aseguró que teníamos un café pendiente. En realidad, quedé con ella porque era muy joven y algo guapa, y se supone que uno, ya soltero, tiene que intentar ligar. Ella tenía unos 30 años, trabajaba en comunicación, de vez en cuando habíamos hablado por mensaje directo de Twitter. Nunca hubiera pensado que ese encuentro iba a

darme las pistas más ásperas sobre el proyecto que me entretenía las horas.

La cita era hacia las ocho de la tarde, llovía y ella llegó tarde y en taxi y por mensajes directos de Twitter le había ido yo diciendo dónde me arrinconaba el mal tiempo. Acabamos en una terraza con sombrillas abiertas, un poco intempestiva, pero adecuada para dos fumadores.

Lucía (nombre supuesto) tenía, ahora que lo pienso, bastantes condiciones que la hacían perfecta para mi trabajo de campo. Quizá sólo después he llegado a acotar la noción que nos ocupa, a comprender que no se trata de belleza, de un *ranking* de atractivos físicos. Tía-buena hace referencia a una mujer que, en un entorno concreto, asume un papel de objeto de deseo y mantiene ese papel a toda cosa, asumiéndolo como propio. Ese entorno puede ser una oficina, un bar, un grupo de amigos o el grupo familiar. Su rol en ese microsistema consiste en no ser vista nunca como otra cosa que una mujer deseable, algo que consigue por la combinación de un carácter esencialmente ligero y una producción cosmética indismayablemente agresiva.

Así, Lucía era en la empresa en la que trabajaba “la tía buena”. Joven, sonriente, pícara, los hombres hablaban de ella, las mujeres la despreciaban, los rumores sobre sus peripecias amorosas se difundían regularmente, las cenas de empresa y las fiestas navideñas renovaban esos rumores, los hombres que se acostaban con ella lo contaban a los cinco minutos, las fotos que subía a su perfil de Instagram se copiaban y reenviaban. Esa era su vida.

Anoto enseguida que es probable que el retrato que me dispongo a trazar de Lucía no sea muy favorecedor para

ella. También quiero adelantar que estos encuentros que recupero y narro pueden sufrir todo tipo de variaciones, aunque conserven su sentido general y nada de lo importante sea inventado. A fin de cuentas, la persona concreta no es lo importante para mí, sino la información y experiencia que obtuve a través de ella. Digo esto por si el juego del reconocimiento acaba perjudicando a la persona equivocada o aun a la persona correcta.

Lucía llegó, en fin, haciéndose la tonta, con esa risa inmediata que estilan algunas chicas, que además modulan la voz de forma coqueta, susurrante, un poco clásica. Hablamos de vaguedades, medimos la predisposición del otro, hablamos de mi divorcio y de su nuevo trabajo, de mis libros. Así llegamos a la revelación de que planeaba yo otro más titulado *Tía buena*.

¿Tú te consideras una tía buena?, le pregunté. Sí, contestó.

Este “sí” es importante. Carmen no dijo “sí”. Carmen era mucho más guapa y sexy que Lucía, pero no creyó ser realmente una tía buena. Lucía sí lo pensaba de sí misma, y el hecho de que fuera una mujer menos atractiva que Carmen no pone en duda su estatus de tía buena. Precisamente su “sí” señala la condición *sine qua non* de este rol social: que se elige.

Enseguida empezó a hablarme de sus andanzas, desventuras y experiencias como tía buena. Una de ellas me la relatarían después otras mujeres: tener quince años, ser muy guapa, liarse con un estudiante de cursos superiores con fama a su vez de guapo y sufrir de inmediato el acoso de las demás chicas de su edad. Acoso que incluía ser perseguida por las calles, recibir andanadas de piedras, insultos y todo tipo de vejaciones.

Aquí me di cuenta de que mi visión del *bullying* era muy reducida. Siempre había pensado (y, de hecho, visto) que el alumno acosado lo era por su diferencia, normalmente poco canjeable socialmente. Si era tímido, si era feo, si era gordo, si vestía mal tenía muchas papeletas para que los demás la tomaran con él. Lo mismo con una alumna. Sin embargo, Lucía me abrió los ojos al acoso por-ser-guapa, acoso que nunca había pasado por mi cabeza. Siempre había pensado que ser guapo o guapa, estar bueno, abocaba a la popularidad en las aulas y, por tanto, a una vida plácida y regalada en esos años, al tiempo que la pobre chica con gafas o el desafortunado muchacho con muchos granos se llevaban todas las palizas y burlas. Como digo, muchas otras chicas me confirmaron después el mismo esquema trágico: una es guapa, un alumno siempre de cursos superiores parece el macho alfa deseado por todas, una se lía con ese alumno, las demás chicas te pegan. Durante, como mínimo, lo que queda de curso.

Me impresionaba (sobre todo, considerándolo después) la naturalidad con la que Lucía era, para sí misma, una tía buena y, por tanto, tenía mucho que decir sobre su condición. Incluso daba la sensación de que lo llevaba muy pensado, de que acumulaba años de practicar y perfeccionar el personaje. “Es lo que se llama capital erótico”, me dijo con algo de retintín intelectual de la peor especie. “Yo tengo capital erótico. Y juego con él”.

“Mira”, añadió. Se destapó los hombros (llevaba una chaqueta vaquera) y me hizo apreciar su vestido, un conjunto entallado de falda corta, muy elegante. “Hoy he ido a firmar un contrato y me visto así para que vean

bien lo que han contratado. Soy una chica guapa, joven y de éxito”.

Se gustaba. Se gustaba mucho. Despedía una irritante confianza en su valor en el –por asimilación– mercado erótico, que era, a fin de cuentas, un mercado transversal y entremezclado con todo lo demás, el trabajo, la pareja, los amigos, la familia, el amor.

Como el tiempo seguía empeorando, decidimos continuar la velada (lo cual indica que tampoco lo estaba pasando yo tan mal, lo reconozco) tomando una copa a resguardo, en algún pub cercano. Habíamos tomado dos cervezas cada uno, o dos rondas de lo que fuera. Entonces ella dijo algo que no puedo no plasmar aquí: “Pago yo para que sepas que no vamos a follar”.

Es una frase que he repetido mucho a mis amigos y amigas y a otras chicas a las que he entrevistado para este libro. “Pago yo para que sepas que no vamos a follar”. ¿Sabíais esto? La verdad es que a nadie le sonaba una prevención femenina como la de pagar la primera ronda para evitar malentendidos.

Al oír la frase me quedé muy descolocado. No sé si dije algo, quizá palabras tontas: “Ah, ¿sí?”, o “Vaya” o “No sabía que se hacía esto”. Ante lo cual –incluso si no dije nada, si me quedé simplemente callado– ella añadió: “Tienes poca calle”. O: “Qué poca calle”. Estas palabras me molestaron enormemente.

Con todo, caminamos en busca de un bar de copas o de un pub y lo encontramos enseguida, a unos doscientos metros. Pedimos unos combinados a la camarera y seguimos hablando de la poca calle que yo tenía. “Es que si vas

a follar con un tío, tú lo sabes, y entonces dejas que pague todo. ¡Obviamente!”

Era fascinante la crudeza con la que Lucía señalaba las relaciones de poder que había en el hecho de ligar. Uno hubiera esperado, quizá, atendiendo a su modo de hablar, a su atuendo y al romanticismo aún imperante en los lances amorosos actuales, que ella optara siquiera por el rol de princesa, de princesita que exige, ante todo, buenos modales: pasar primero, no pagar, recibir flores y recibir palabras como flores. No había nada de eso cuando hablaba de los hombres que la deseaban, o de mí mismo, que la verdad es que la deseaba más bien poco en esos momentos. Sólo encontraba en ella una obsesión por el poder, con la consiguiente deriva hacia la intimidación.

“¿Cuánto llevas sin follar?”, me preguntó. No se podía negar que, como sujeto a estudio, daba mucho juego, no se callaba nada, me golpeaba ella a mí mucho más que yo a ella. No se lo dije, como es lógico, pero noté en su pregunta, y en la sonrisa que la subrayó, la intimidación que comento. Para ella, deduje, yo era un cuarentón no muy agraciado, con necesidades sexuales acuciantes, para el que una chica de treinta años, mona y simpática, era una opción amorosa incalculable. Al preguntarme sobre la última vez que mantuve relaciones (puede que la pregunta fuera: “¿cuándo follaste por última vez?”, pero sin duda utilizó el verbo “follar”), no quería realmente conocer el dato, una fecha exacta o aproximada, sino paladear toda la amplitud de su poder sobre mí. Sólo con su aquiescencia, con un sí, con un “tomamos la última en mi casa”, ella podía hacer feliz a un hombre, darle la mejor noche que habría tenido en todo el año, congraciarle consigo mismo.

Hablamos otro poco de cualquier cosa, y entonces me atreví a decirle: “Para serte sincero, creo que si tú me dijeras, pongamos por caso: ‘ven a mi casa a follar ahora mismo’, lo más seguro es que yo te dijera que no”. “¿Qué dices?”. Me explicó: “Tampoco estoy *in the mood*, la verdad. O sea, hace dos meses que me separé, de alguien con quien llevaba doce años... No me veo follando sin más, no me apetece realmente”.

No me parecía tan difícil de entender. Nada más separarme, muchos amigos, y hasta mi propia exnovia, que es muy liberal, me anticipaban una temporada al menos divertida de ligues y encuentros, dando a entender que la cosa era fácil y que era, además, saludable. Tras tanto tiempo con la misma mujer, uno debía estar muy animado a conocer a una mujer nueva. Lo cierto es que me generaba angustia este empuje de mi entorno, nunca me había parecido fácil ligar y, sobre todo, acostarme con otra chica significaba sellar un adiós, tomar otro camino y dar carpetazo definitivo a algo que aún resonaba en mi cabeza: un buen trozo de mi vida con otra persona.

“Digamos que no venía aquí esperando que pasara nada”, comenté después. Ella me echó un vistazo de arriba abajo y certificó mi honestidad: “Ya veo, si has venido en sudadera”. Pronunció la palabra su-da-de-ra arrastrando todas y cada una de sus sílabas por el charco de barro del mal gusto. En efecto, yo vestía una sudadera con capucha de 17 euros comprada en H&M, azul clarito. Y unos vaqueros. Y unas zapatillas un poco viejas. El pelo me lo corto yo mismo. No sé muy bien cómo debía haber vestido para gustarle a esta chica. La verdad es que tengo poca ropa.

Entonces empezaron a llegarme mensajes al *smartphone* que sólo podían ser MDs de Twitter. “¿Quién te escribe?”, me preguntó. “Nadie”, dije, mientras contestaba. “A ver...” Y se inclinó sobre mí con intención de ver la pantalla de mi móvil. “Anda, no seas cotilla”. Guardé el aparato. De pronto, Lucía sonreía, se apartaba el tirante del vestido sobre el hombro, cruzaba y descruzaba las piernas. “¿No te gusto?”, me dijo. Daba tragos a su copa sin apartar sus ojos de los míos.

En el juego de poder que se traía Lucía había, sin duda, mucha experiencia, además de, lamentablemente, un desdén en modo alguno oculto por la posición que yo ocupaba en ese encuentro. Sin embargo, Lucía, como seguramente casi todo el mundo, ignoraba un recorrido vital que, en cierta medida, competía con el suyo propio y hasta llegaba a contrarrestarlo. Era, sencillamente, la larga experiencia del fracaso.

La primera mujer con la que quedé después de ser oficialmente soltero de nuevo (o separado) fue una amiga de la universidad a la que no veía desde hacía veinte años. La verdad es que romper con la madre de mis hijos me hizo sentir que mi vida original había terminado, que a partir de entonces, a mis 46 años, todo serían repeticiones, vueltas atrás, experiencias conocidas. Así, de pronto, me vi mirando hacia el pasado todos los días, como evaluando mi historia. Sentía que todo lo vivido hasta esa edad súbitamente había tomado forma, aunque hasta hacía media hora me pareciera una viva aventada, capítulos sueltos y sin lógica alguna, vivir en Japón, estudiar periodismo, conocer a esta o aquella persona, todo se había amontonado sin razón aparente durante más de cuarenta años. Pero,

una tarde, considerando mi pasado, *lo vi*; y me dije, con enorme emoción: Esta es mi historia. Todo eso que viví como si fueran arreones sin sentido constituye al cabo mi historia.

El caso es que mi antigua amiga me seguía en Twitter y, por esas melancolías de haber vivido y olvidado y dejado atrás tantas cosas, tantas cosas que ahora me parecían mi principal patrimonio, le escribí para vernos. Cuando dejamos de frecuentarnos no hubo conflicto alguno, simplemente uno dejó de llamar al otro, como pasa tan a menudo.

Esta chica, en fin, a sus diecinueve años quizá fue de las primeras mujeres que me gustaron mucho, que me “enamoraron”, allá en la facultad, por seguir el lenguaje apastelado de uso común. Obviamente, nunca me hizo el menor caso.

El encuentro, que fue el primero de la larga lista de mi soltería, se llevó a cabo sin que *Tía buena* se me pasara por la cabeza, de modo que poco puedo rescatar de él que resulte sustancial para este libro. Recuerdo, eso sí, que fue muy agradable y que me sorprendió —pues era uno de mis temores— reconocer a Patricia enseguida, de lejos, por cómo andaba, y que su cara, a pesar de tener ella 46 años como yo y de no verla desde que contaba 30, su cara, digo, uno diría que no había cambiado en lo más mínimo o en lo más esencial, en ese poder-ser-reconocida que me agobiaba aquella tarde. Era muy extraño esto, dado que quince años, y más esos quince años que te llevan a tocar casi el medio siglo de vida, cambian de hecho mucho a la gente. Sólo la voz de Patricia era distinta, debido, según deduje, a que llevaba una década sin fumar.

Así, de vuelta a Lucía, había que tener en cuenta que yo llevaba 27 años de rechazos, de Patricias, de gustarme chicas que no-me-hacían-el-menor-caso, algo que, lejos de ser una triste excepción llena de patetismo, constituye de hecho la norma de la vida amorosa masculina: que te gustan demasiadas chicas y que casi todas te rechazan, muchas veces porque es evidente para ellas que te gustan demasiadas chicas. Ese recorrido, como digo, es el que ignoraba Lucía, pues su actitud hacia mí era como la que tendría hacia un chico de veinte años que queda por primera vez con una chica muy mona y se pregunta qué pasará y hasta se sorprende de que no pase nada. Lógicamente yo no tenía edad para sorprenderme por que no pasara nada.

Tomando aquella copa con Lucía, que por fin podría pagar yo, según sus protocolos de encuentros con hombres, seguí preguntándole por lo de las tías buenas. Era, sin duda, interesante su opinión.

Me contó que ser una tía buena no era fácil, que no salía sola y que muchas “lo hacían mal”. Empezó entonces a hablarme de una chica nueva que había llegado a la oficina donde ella, hasta que dejó ese trabajo, ejercía en solitario (no hay otra manera) de tía buena. Era una chica “muy vulgar”, a la que “se le notaba todo enseguida”. No me quedó muy claro qué hacía mal aquella pobre chica nueva en la oficina, amén de que ahora, al escribirlo, estoy haciendo el esfuerzo de recordarlo. Pero tenía que ver con frases e inclinaciones sobre la mesa que sucedían siempre a destiempo, con excesivo descaro y al dictado de un toneteo muy torpe. Quizá Lucía consideraba que la tía buena tiene que serlo sin que se note que ella ha elegido serlo,

como dejando a los hombres, y a las mujeres, de ese entorno del que se enseñorea sexualmente creer que son ellos los que han determinado que la recepcionista, la comercial, la abogada que se sienta allí es la chica más deseable del lugar de trabajo. La chica nueva hacía evidente sus intenciones, lo que generaba vergüenza ajena y cierto desprecio.

Pienso ahora si la actitud, incluso el tono conversacional, propios de chicas como Lucía, donde uno no parece estar nunca frente a un adulto, sino junto a una niña pequeña-grande que no se conoce a sí misma, no será la fórmula mágica para ejercer “bien” de tía buena. Es decir, para que no sea obvio y vulgar el ir y venir contoneante de tu cuerpo y las frases como con doble sentido que sueltas y las citas o encuentros que propones o retrasas o rechazas o repites, lo mejor era la máscara de la candidez, dar a entender que una no se imagina que los hombres a su alrededor la desean fervorosamente. Que no tiene en modo alguno el control.

La pequeña batalla de chicas que me había contado Lucía, y de la que ella se sentía ganadora con claridad frente a la nueva trabajadora “que lo hacía mal”, me recordó una escena de *The Office*, justamente. Jenna Fischer interpreta a Pam, la recepcionista y también la chica guapa de la oficina. Buena parte de su recorrido en la serie tiene que ver con los hombres que elige como pareja, los que rechaza y el cotilleo ajeno en torno a quién ligará con ella, le propondrá una cita o conseguirá estar a su altura. En un capítulo concreto, la empresa recibe la visita de una trabajadora externa, interpretada por la entonces desconocida Amy Adams. Después de varias escenas en las que

Amy despierta el deseo de numerosos oficinistas, uno de ellos, el gordo y calvo y cotilla llamado Kevin, se acerca a Pam y le dice sin mayores preámbulos: “Es más guapa que tú”. Es decir, te ha quitado el puesto que ocupas en esta oficina, tu identidad específica; ahora no eres nadie.

En el encuentro con Lucía tuve tiempo de enseñarle mi cuenta de Instagram, para que viera los perfiles de las “tías buenas” a las que seguía, entonces no más de veinte o treinta. Quería que me diera su opinión sobre esas fotos, esas poses, esos cuerpos. No le gustaron mucho. Me hizo buscar a las chicas que para ella sí eran atractivas, y que yo no conocía, a pesar de ser, según me dio a entender, muy famosas. Una se llamaba Goicoechea, según anoté; otra se llamaba Hosk.

Le pregunté por su cuenta de Instagram y sobre cómo la gestionaba. Me interesaba saber qué había detrás de estos perfiles de chicas normales, es decir, chicas que no eran modelos ni *influencers* ni actrices; particularmente en ese momento en el que publicaban una foto en bikini, desnudas entre sábanas o en ropa interior. ¿A qué obedecía esa foto puntualmente subida de tono? Recuerdo que me dijo que si ella publicaba una foto algo más sexy de lo habitual se debía por ejemplo a que no había salido ese día, pongamos, un viernes por la noche, y deseaba que le compensaran de alguna manera, con numerosos *likes* y comentarios. También me explicó que, obviamente (sic), una no podía subir fotos de ese tipo una detrás de otra, sino que había que poner gatitos, flores, paisajes y retratos aburridos cogiendo el metro antes de volver a poner otra foto en bragas. “Es como tú con tus artículos”, me dijo, “no vas a tuitear sólo tus artículos. Tuiteas entre uno y

otro muchas cosas para que no se note que sólo te interesa tuitear tus propios artículos”.

Veo ahora entre mis notas una frase que recogí en su momento, una frase de Lucía: “Lo que hay que hacer es follarse al adecuado, como Georgina con Ronaldo”. Y rio: “Jajajaja”.

Una sensación singularmente extraña que me llevé de este encuentro con una chica casi veinte años más joven que yo y que se consideraba a sí misma “guapa y de éxito” fue la del enorme antierotismo que acabó impregnándome. Hablamos mucho de sexo, pero siempre en términos transaccionales y de equilibrios de poder. Me sentía como ante un ejecutivo o un bróker, o ante una bróker o una ejecutiva, apasionada de sus gráficos, balances e intuiciones, de su éxito ganando dinero en un mercado sin piedad para el que había que ir endurecido y sin muchos escrúpulos. Nada de lo que decía cuando decía “follar” o “acostarse” o “chicos, hombres, tíos” guardaba la menor relación con el placer, con la apetencia o con el respeto. Había cero cursilería en alguien que, de primeras, parecía la persona más cursi de la ciudad. El concepto mismo de amor permaneció ausente en las dos o tres horas en las que estuvimos hablando de las relaciones entre los hombres y las mujeres. Era como si hubiéramos estado charlando de negocios, realmente, sobre todo del uso de la intimidación como herramienta de éxito en esos negocios.

Otra chica con la que había quedado antes de citarme con Lucía me vino de pronto a la cabeza, mientras nos disponíamos a salir del bar. Esta chica me había escrito porque estaba en Madrid. Quedamos y creo recordar que no abordé directamente el asunto de mi libro, pero que

algunas ideas me rondaban ya sobre ello. Mi amiga era muy guapa. Lo que me vino a la cabeza con Lucía, mientras pagaba las copas y emprendíamos nuestro camino a casa, fue cómo mi otra amiga me había contado que en sus días en Madrid, de los cuales aquel en el que me veía a mí era el último, un conocido común había tratado de ligar con ella. Después de la noche de correrías y copas y reencuentros, llegado el momento de la despedida, este conocido le dijo que la acompañaba a casa. “Lo típico”, zanjó mi amiga. Me sonó realmente triste, resabiado y cruel ese “lo típico”. Me preguntaba si el conocido que le propuso acompañarla también pensaba que su gesto (andar juntos por las calles oscuras hasta llegar a su portal y luego, quizá, proponer subir o aprovechar el final del camino para abalanzarse sobre ella) era “típico” o imaginaba siquiera que para mi amiga lo era y hasta cansinamente, o si acaso ese gesto “típico” podía de alguna manera volver a su inocente sentido original y resultar aún bonito para alguien, si es que alguna vez cuidar de que una chica llegara bien hasta su casa había sido inocente, aunque bonito sí lo parezca. *Desde ahora te acompañaré a casa*, tituló un relato Kjell Askildsen.

Digo todo esto porque, obviamente, la idea de acompañar a Lucía hasta su casa no llegó a pasármeme por la cabeza.

\* \* \*